

# EL BARROCO EN LA CIUDAD DE MÉXICO

## SIGLOS XVII Y XVIII

Enrique Ayala A\*.

Desde tiempos prehispánicos la ciudad de México ha padecido terribles inundaciones; es conocido que la ciudad de Tenochtitlán sufrió sus catastróficos efectos. En el siglo XVII uno de los aluviones que se inició en 1629 y que mantuvo anegada la ciudad por casi cinco años, se encargó de cerrar un capítulo de nuestra historia y, al bajar las aguas, otro más dio comienzo.

Viejas edificaciones del siglo anterior que aún se conservaban, en las que lo medieval, renacentista e indígena hicieron una singular amalgama, fueron demolidas. Surgió así, poco a poco, una ciudad con el signo del barroco.

En apariencia la estructura de la urbe no cambió a consecuencia de las

inundaciones. Nuevos edificios se fueron ataviando, a veces hasta la obstinación o la fantasía, con las nuevas formas barrocas; dando como resultado una ciudad inconfundiblemente americana, con diferencias cruciales con las urbes de la Europa barroca, principalmente con las ciudades italianas y las francesas de la época de los Luises.

La ciudad de México, al igual que otras ciudades del continente, fue una importante receptora, no del urbanismo barroco, sino del espíritu de esta corriente que impregnó toda la vida colonial y que dio paso a la construcción de una arquitectura permeada por los signos locales, en la que las distintas construcciones *dialogan* entre

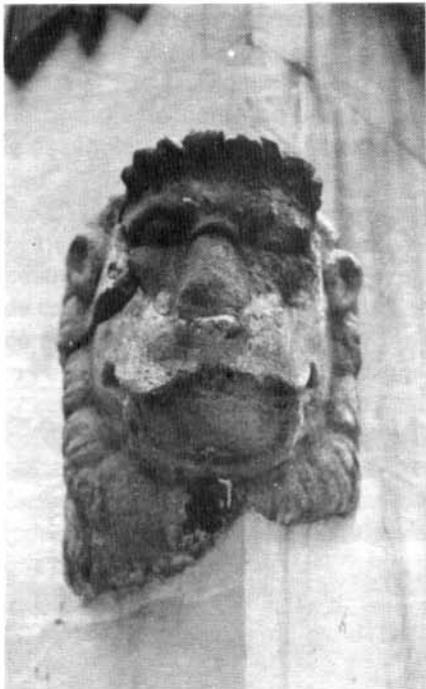
ellas, dando como resultado un espacio profundamente barroco, a pesar de las trazas de damero, que en ocasiones pudieron crearse ajenas a él.

El urbanismo americano de los siglos XVII y XVIII constituye, por tanto, la resignificación de la estructura urbana bajada en la retícula ortogonal del siglo precedente. En la nueva metrópoli prevalece la esencia espacial de esta *perla imperfecta*, sólo que se trata de un tipo de ciudad donde las almas indígena, mestiza, y también criolla, lograron construir su identidad y una referencia que aún en la actualidad nos resulta necesaria.

En la ciudad de México, como seguramente sucedió con otras urbes y poblados más pequeños, se experi-

La Ciudad de México en 1628. Vista realizada por Juan Gómez de Trasmonte. Aspecto de la Ciudad de México antes de la inundación de 1629.

Fuente: DDF. *Atlas de la Ciudad de México*. 1981



Cabeza de felino que señala el nivel de las aguas en 1629. Esta escultura de León, empujada en un edificio de las esquinas que forman las actuales calles de Madero y Motolinía en el centro de la Ciudad de México, recuerda, a decir de Salvador Novo, el máximo nivel que alcanzaron las aguas durante la llamada *Gran Inundación*.

Foto: E. Ayala.

mentó una honda reestructuración del espacio. Destacando en el tejido urbano un gran número de cúpulas y torres de templos regulares y seculares que contrastan con el orden de los *lien-zos* de fachadas, tornándose en elementos estructurantes; en muchas ocasiones en los frentes de altos edificios se manifiestan los caprichos del estilo, llegando inclusive hasta la desmaterialización de la forma y no pocas veces de los materiales.

La ciudad, no obstante, ha sido conformada también por otros edificios, viviendas que se construyeron

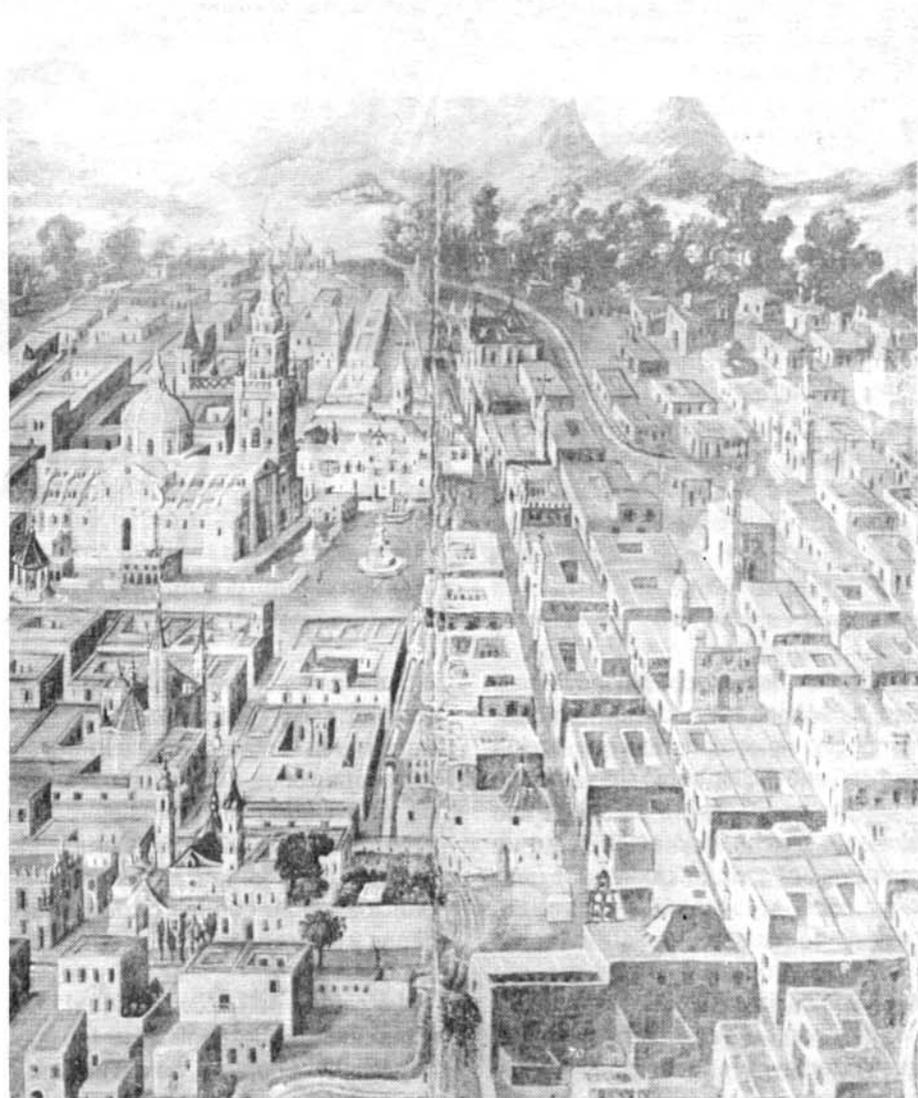
para todos los sectores de la sociedad y que realmente son ellas las que hacen el tejido urbano y justifican la existencia de las joyas edilicias.

La vivienda, que en su integración va más allá de la simple suma de casas y resulta ser el entramado de la urbe, constituye el escenario de una vida cotidiana, que en esta época casi no reconoce diferencias entre los ámbitos público y privado. Pero sin embargo, se trata de una casa capaz de adaptarse a los múltiples cambios vividos por la sociedad virreinal durante más de siglo y medio.

Sus interiores están organizados en torno a patios centrales, que son el

ambiente vital de la casa, lugar del encuentro y la convivencia de los moradores, como también continente de múltiples actividades. Ellos apenas si ponen una pausa entre la vida doméstica y una vigorosa ciudad, donde, pese a la organización estamental de la sociedad, los actores se mezclan y se confunden con un ánimo que, bien podría decirse, es el alma del barroco.

Los recintos de muchas de estas casas también se engalanan con las nuevas formas, tornándose no pocas veces en escaparates donde las élites de entonces muestran sus riquezas y sus triunfos mediante abigarradas decoraciones, donde las ricas formas

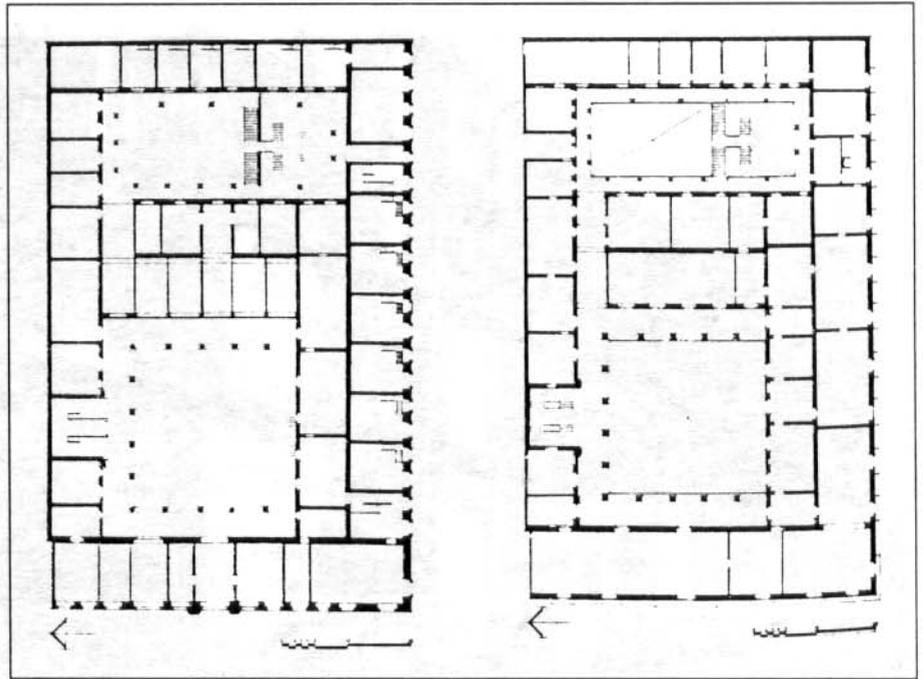


Vista de la Ciudad de México en el siglo XVII. Fragmento de una pintura en un biombo de la época. Pese a que la proporción de los espacios y los edificios no corresponde con la realidad, es posible reconocer la Plaza Mayor de la ciudad y los edificios circundantes. La torre ubicada en el lado oriente de la catedral es inventada, pues aún no había sido construida.

Fuente: F. Benítez. *La Ciudad de México*. 1984.



Sagrario Metropolitano de la Ciudad de México. Terminado hacia 1768. Arq. Lorenzo Rodríguez. Este edificio es una de las obras mayores de finales del churrigüesco, última etapa del periodo barroco.  
Foto: E. Ayala.



Planta de la casa de los condes de Santiago de Calimaya. Siglo XVIII. Esta casa fue construida en el siglo XVII, pero experimentó importantes modificaciones en el siglo siguiente. Es uno de los mejores ejemplos que se conservan en nuestra ciudad de las casas de patio central de planta cuadrada. Fuente: Infonavit. *La vivienda comunitaria en México*. 1988.



Retablo de la iglesia de la Enseñanza. Siglo XVIII. El interior de este templo es uno de los pocos ejemplos barrocos que se conservan en el centro de la Ciudad de México.  
Foto: E. Ayala.

y colores de tapicerías y mobiliario, más que servir a lo hogareño, sirven para el lucimiento de los logros obtenidos.

El ambiente de estas casas se vio igualmente enriquecido por múltiples objetos de gran fuerza ornamental que llegaban del Oriente. Los motivos asiáticos, que resultaron de gran atractivo al espíritu barroco, pronto se incorporaron al repertorio formal de los artesanos coloniales y algunos objetos traídos de la China y Filipinas no tardaron en adquirir carta de naturaleza en la casa mexicana. Entre ellos la loza y los biombos; pantallas plegadizas que no sólo fueron telones de fondo para el lucimiento de la casa, sino que jugaron —hacia el segundo tercio del siglo XVIII— un papel fundamental en la reelaboración del ámbito doméstico, que poco a poco fue ganando lugar.

También se incorporaron a su mobiliario piezas procedentes de Francia, Holanda e Inglaterra, que aporta-

ron su cuota a la recreación del ambiente de la casa. Pese a que ya tenían una historia vieja en la capital del virreinato, no fue sino hasta ya avanzado el último siglo colonial, que estos enseres importados sirvieron a una casa menos pública, donde la intimidad y la privacidad habían ganado lugar.

La sociedad, que durante casi dos siglos se mezcló sin distinciones en la calle, tendía ya a finales de esta época a su disgregación. Las élites buscaban diferenciarse de la plebe y la casa vino a constituir el refugio que comenzó a tornarse en el hogar.

La distribución arquitectónica de la casa, que de hecho no había cambiado en dos siglos de historia colonial, continuó siendo el receptáculo obligado para la nueva vida que comenzaba a definirse. Correspondía entonces al mobiliario resolver la carencia de un espacio conveniente. Los biombos y rodastrados sirvieron para la separa-



Casas de taza y plato en el colegio de San Ignacio o de las Vizcainas. Siglo XVIII. Arq. Lorenzo Rodríguez. Este tipo de casas tuvieron su auge en el siglo XVIII. Aunque sus antecedentes se remontan al XVI. En 1988, año en que se tomó esta foto, aún existían algunas casas en uso. Foto: E. Ayala.

ción de los *ambientes* y los muebles, principalmente los que provenían de Inglaterra, proporcionaron una comodidad que hasta entonces no había sido necesaria.

Sin embargo, estos cambios se acusaban en el mundo de las élites, haciendo de estas mansiones palaciegas algo muy distante de la morada de otros grupos. Los artesanos y empleados, por ejemplo, se apiñaban en las llamadas casas de *taza y plato*, *entresuelos* o modestas vecindades, en las que nada resultaba más lejano que el lujo y el *confort* de aquellas otras casas.

En algunas de esas viviendas populosas se constituyó esa singular unidad, tan característica de la urbe colonial, que fue la casa-comercio-taller, con un espacio bastante reducido y con un mobiliario que a pesar de su modestia y escasez no fue ajeno al espíritu barroco. En ella se aglomeraba para vivir y trabajar una familia

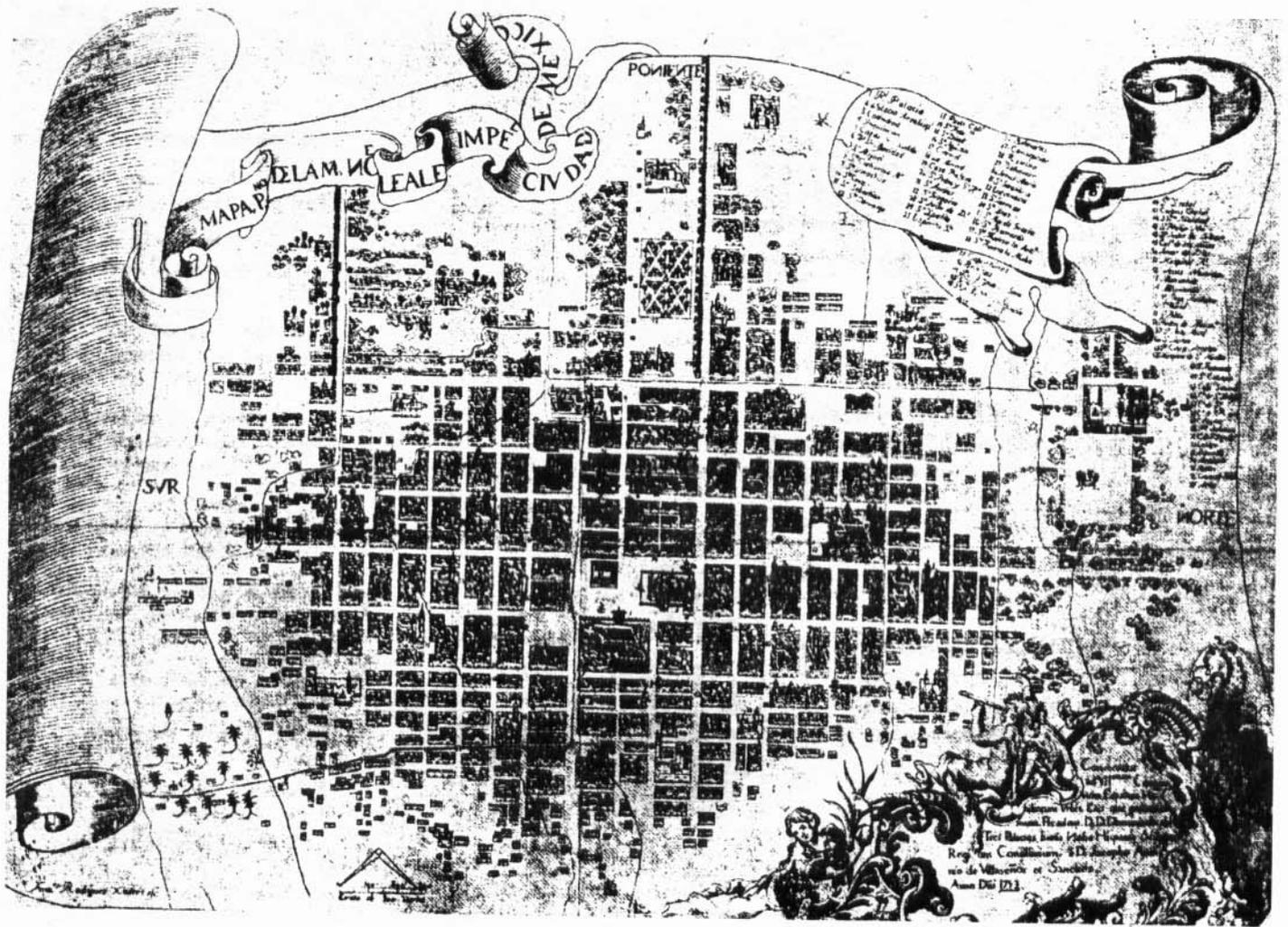


Fuente de la sirena en la casa de los condes de Santiago de Calimaya. Siglo XVIII. Esta figura de una sirena de dos colas que tañe una guitarra es una magnífica muestra del espíritu barroco en el arte de la Ciudad de México.

Foto: E. Ayala.



Casa de entresuelos en la mansión de la marquesa de Uluapa. Siglo XVIII. Sobre las accesorias y bajo el piso principal de la mansión se aprecian dos ventanas con un balcón corrido al frente que corresponden al entresuelo. El acceso se lograba desde el patio interior. La diferencia entre estas casas y las de taza y plato estriba en que estas últimas tenían el acceso desde la accesoria.



Plano de la Ciudad de México en 1753. Realizado por Josepho Antonio de Villaseñor y Sánchez. A pesar de contar la Ciudad de México con una traza barroca a la manera europea, su morfología, estructura y la forma de ser vivida dan cuenta de un profundo espíritu barroco.  
Fuente: DDF. Atlas de la Ciudad de México. 1981.

formada por el artesano, su parentela y los aprendices del oficio.

Estas casas, no obstante sus reducidas dimensiones y exiguo número de locales, no eran las más humildes de la urbe, pues mucho más modestas resultaban las de los indígenas que vivían en los barrios periféricos. Sin embargo, estas viviendas de un carácter netamente urbano —en cuyos espacios se efectuaba una gran diversidad de labores— no tenían sus límites en sus muros o umbrales. Si acaso sus confines se encontraban en el barrio, donde las actividades se desbordan a la calle, dando a la ciudad una imagen bulliciosa y peculiar, haciendo de ella un espacio profundamente vital.

La calle no era únicamente una vía para la circulación —esto vino después— sino que en ella se permanecía, se trabajaba y se mercaba. Era asimismo, el espacio de las fiestas y del duelo, de lo religioso y lo pagano. Y también lo fue de la justicia.

Fueron estas casas, principalmente en las nombradas de *taza y plato* donde vivían los artesanos, la simiente de los barrios gremiales, componentes capitales de la estructura de la urbe barroca. Misma que hoy en día, no obstante el tiempo y los numerosos cambios, seguimos encontrando en el viejo Centro, el corazón indiscutible de la metrópoli, sustancial parte de nuestra herencia social y cultural.



\*Profesor investigador del Departamento de Métodos y Sistemas